

Memoria de la violencia

El debate en torno al testimonio y el legado político de los desaparecidos

(Pilar Calveiro-Beatriz Sarlo)

Oscar Blanco

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

Resumen

Los relatos de los sobrevivientes del genocidio nazi son un punto central en una instancia memorialista y conmemorativa que, por diversas razones, tuvo un desarrollo expansivo en el final del siglo XX y en el comienzo del XXI. Dichos relatos recolocaron la problemática del testigo y el testimonio en un lugar privilegiado por su visibilidad. Problemática que se despliega en diversos ámbitos, abarcando desde el campo de lo jurídico hasta lo filosófico, pasando por lo histórico, lo religioso y lo literario.

En la Argentina la problemática del testimonio tuvo un primer punto de irrupción en el Juicio a la Junta de la dictadura militar que usurpó el gobierno y se apropió del aparato de Estado de 1976 a 1983; dictadura que mediante la represión de Estado hizo uso sistemático del secuestro, la tortura, el confinamiento en campos de concentración clandestinos, y la posterior muerte y desaparición del oponente político. En dicho juicio y en el libro *Nunca más*, los relatos de los sobrevivientes de los campos de concentración y exterminio, desplegados a lo largo y a lo ancho del país por la dictadura militar, se constituyeron en testimonios clave ante la desaparición de los cuerpos de los luchadores sociales y políticos, verdadero genocidio perpetrado por la represión de Estado. Los relatos de estos testigos, sus testimonios, fueron pruebas sustanciales para la condena de los comandantes integrantes de la junta militar dictatorial.

En la actualidad, en nuestro medio, comenzado el siglo XXI, se ha articulado una nueva inflexión en torno a la cuestión del testimonio, esta inflexión esta marcada ya no solo por la denuncia de la represión de Estado y la práctica de la desaparición de personas –cosa que ya ha sido suficientemente probada, y que continúa en su instancia judicial, después de la abolición de las leyes del “punto final” y la “obediencia debida”, en las causas reabiertas y en las nuevas causas por la apropiación de bebés– sino, también, por el rescate y la actualización en nuestro presente del legado político de los desaparecidos. Un debate, expreso a veces, soterrado en otras ocasiones, que se entabla en relación con esta cuestión y en torno al tema de la violencia política en los años 60 y 70 en nuestro país; y es así que el testimonio es colocado otra vez en un lugar central en correspondencia con este debate en relación con lo que podemos llamar el legado político de los desaparecidos, en donde el lugar del testimonio es puesto en cuestión al mismo tiempo que es constituido como un espacio discursivo privilegiado en la emergencia de dicho debate y en su motivación.

Articularé un lugar privilegiado para focalizar dicha cuestión, contrastando, haciendo debatir, por un lado, los textos de Pilar Calveiro, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina* (2004) y *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70* (2005), y, por el otro, el libro de Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión* (2005).

Es así que una serie de perspectivas teóricas ha pensado la cuestión del testimonio en la contemporaneidad a partir de focalizar distintos corpus y objetos de estudio que se les presentan como lugares privilegiados de emergencia de la problemática en cuestión. Por ejemplo: para

Michel Foucault la tragedia de Edipo, para Paul Ricoeur la Biblia y la iconografía cristiana, por un lado y, por otro lado, el discurso de la Historia, para Gianni Vattimo un corpus filosófico integrado por Nietzsche y Heidegger, para Jacques Derrida un poema de Celan. Más allá de sus evidentes diferencias en la perspectiva y el tratamiento adoptado puede localizarse una serie de recurrencias: la problemática teórica del testigo y del testimonio se articula en torno a la relocalización de la categoría de sujeto, a la relación entre lo singular y lo absoluto (o lo particular y lo universal-general), a una experiencia en el terreno de la interioridad del sujeto y las condiciones de posibilidad de exteriorizarse en relato, al problema del saber, a la forma de constituir y construir la verdad, a la cuestión de la interpretación, a las relaciones con el poder (Foucault, 1986) y a la reactualización, en una instancia transformadora, de la hermenéutica.

Si, por un lado, el testimonio es un discurso retrospectivo sobre lo que se ha visto, mirada empírica y cotidiana de un hombre, experiencia, y este haber visto se constituye en saber, un saber de la propia experiencia, y el testigo es, entonces, aquel que es capaz de ver y saber; por otro lado, el problema se presenta con los términos que pone en relación esa experiencia (Vattimo, 1985). El testimonio se constituye en la relación singular e individual que un sujeto tiene con lo absoluto. El testimonio resulta, de esta manera, una experiencia interior constitutiva, singular e histórica que un sujeto tiene con lo absoluto, en tanto generalidad externa inabarcable, y que hace pública; es decir el testimonio es la expresión de esa relación, lo que permite su comunicación y su publicidad al hacerse palabra, relato. Quizás en la parábola, “Hay apostado un centinela ante la Ley”, que Kafka relata en *El proceso* (Kafka, 1982) esté desplegada, en clave alegórica, la relación que se ve como fundante del testimonio: un hombre está ante las puertas de la ley (un particular, un individuo ante un absoluto, un universal), su paso le es impedido por un guardián de la ley, quien, después de muchos años, le refiere al hombre, ya moribundo, que su misión terminará y esa puerta quedará clausurada para siempre no bien termine de expirar, porque esa puerta solo le estaba destinada a él.

El testimonio se conforma, entonces, a partir de una relación fundadora de una experiencia (particular y singular) con lo absoluto. Pero es una experiencia que se constituye en un acto puramente interior del yo, que establece una relación fundadora, en su interioridad, con un absoluto, con un Otro que lo trasciende, que lo excede, pero que, sin embargo, lo constituye, se internaliza en el individuo al tiempo que lo construye como sujeto. Esta experiencia con una absoluta alteridad produce un quiebre, una ruptura, que es, al mismo tiempo, origen y fundación. El “yo”, el sujeto, ya no será el mismo después de esa experiencia. El testimonio exterioriza esa experiencia original de la interioridad, la hace pública al permitir contarla. Una experiencia interior que confiere un saber y el testimonio lo actualiza, lo hace público, lo confronta al publicitarlo y hacerlo discurso: un relato retrospectivo de esa experiencia interior con lo absoluto, basado en la memoria y en la articulación del recuerdo en tanto narración (Barona y Blanco, 1999).

Habría que señalar, también, el aspecto judicial del testimonio. Es dentro de una perspectiva de contienda y acusación de y sobre lo absoluto que cobra sentido el testimonio. El testigo testimonia a favor o en contra de alguien o de algo que lo excede. Es decir que el testimonio, procede de lo Otro (la propia experiencia interior constitutiva), y es testimonio de lo Otro, acusándolo o defendiéndolo. El testimonio al hacerse público provoca la confrontación y el cuestionamiento del Otro, del absoluto (Ricoeur, 1994).

Si se sigue el sentido etimológico, testigo es el tercero (*tertium*), el que no ha muerto pero ha visto, ha oído y tal vez sufrido, y testimonio está vinculado a la palabra latina *testamentum*, y relacionado con la raíz *supérstite* (Émile Benveniste),¹ entonces el testimonio es el testamento del

1 Citado por Derrida, Jacques en la conferencia dictada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, el 24 de septiembre de 1995.

sobreviviente, el que recibe ese legado y tiene que dar cuenta de esa experiencia de haber visto, de haber sufrido y sobrevivido a la relación constitutiva y fundante con un absoluto.²

En la Argentina la problemática del testimonio tuvo un primer punto de irrupción en el Juicio a la Junta de la dictadura militar que usurpó el gobierno y se apropió del aparato de Estado de 1976 a 1983; dictadura que mediante la represión de Estado hizo uso sistemático del secuestro, la tortura, el confinamiento en campos de concentración clandestinos, y la posterior muerte y desaparición del oponente político. En dicho juicio y en el Libro *Nunca más*, los relatos de los sobrevivientes de los campos de concentración y exterminio, desplegados a lo largo y a lo ancho del país por la dictadura militar, se constituyeron en testimonios ante la desaparición de los cuerpos de los luchadores sociales y políticos, verdadero genocidio perpetrado por la represión de Estado. Los relatos de estos testigos, sus testimonios, fueron pruebas sustanciales para la condena de los comandantes integrantes de la junta militar dictatorial.

En la actualidad, en nuestro medio, comenzado el siglo XXI, se ha articulado una nueva inflexión en torno a la cuestión del testimonio, marcada ya no solo por la denuncia de la represión de Estado y la práctica de la desaparición de personas –cosa que ya ha sido suficientemente probada, y que continúa en su instancia judicial, después de la abolición de las leyes del “punto final” y la “obediencia debida”, en las causas reabiertas y en las nuevas causas por la apropiación de bebés– sino, también, por el rescate y la actualización en nuestro presente del legado político de los desaparecidos. Un debate, expreso a veces, soterrado en otras ocasiones, que se entabla en relación con esta cuestión y en torno al tema de la violencia política en los años 60 y 70 en nuestro país;³ y es así que el testimonio es colocado otra vez en un lugar central en correspondencia con este debate en relación con lo que podemos llamar el legado político de los desaparecidos, en donde el lugar del testimonio es puesto en cuestión al mismo tiempo que es constituido como un espacio discursivo privilegiado en la emergencia de dicho debate y en su motivación.

Pilar Calveiro: del testimonio como calidoscopio político

De la 1ª persona del testimoniante a la 3ª persona enarbolada en el texto de Pilar Calveiro se articula una trayectoria para hablar del horror de lo vivido sobre el horizonte de una doble sospecha que se instaura sobre los sobrevivientes del campo (y como tal de ella misma): haber sobrevivido y haber sido partícipes del uso de la violencia para perseguir fines políticos. Calveiro produce una distancia para instaurar un campo de reflexión que piense la experiencia del campo en su dimensionalidad política y desde allí construir una instancia crítica (la de una militante). Comprender el fenómeno del campo y, en esa comprensión, el testimonio juega un papel fundamental en la medida en que el texto articula las diversas experiencias concentracionarias de los sobrevivientes.

Sus textos además conllevan, por un lado, una fuerte argumentación contra la “teoría de los dos demonios”; no hay teoría de los dos demonios en la medida en que solo el Estado es terrorista y se denuncia además la complicidad de la sociedad civil: civiles y militares han sostenido y han tejido la trama en la Argentina de un poder autoritario, golpista y desaparecedor de toda disfuncionalidad, cada uno con distintas responsabilidades. Pero, por otro lado, Calveiro critica también su pasado político de pertenencia, pero dicha crítica no está basada en el uso determinado de la violencia ya que interpreta y lee en su contexto histórico el uso de dicha violencia –no efectúa sobre ella un mero rechazo o la constituye como causa de la represión de Estado, como parece ser por ejemplo el caso de Hugo Vezzetti (2002)–, sino que se sostiene en una crítica a

2 Confrontar con Derrida, Jacques, conferencia dictada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, el 24 de septiembre de 1995.

3 Por ejemplo el debate que en relación con la entrevista-testimonio, de Héctor Jouvé: “La guerrilla en Salta, 40 años después”, se desató en la misma revista *La intemperie*, donde fue publicado en los números 15 y 16 en octubre de 2004. El debate se continuó hasta el número 21, sostenido por carta de lectores.

un proceso de militarización de las organizaciones políticas y de su consecuente desvinculación de la lucha de masas; militarización de lo político, predominio de una organización militar por sobre lo político, entonces. Calveiro, además, historiza, construye una genealogía de los actantes y de las prácticas, construyendo contextos históricos donde enmarcar y sustraer la experiencia concentracionaria del terreno de lo atemporal. Genealogía de un dispositivo de poder y del poder mismo, el asesinato político y la tortura en la Argentina que Calveiro data desde 1930.

Calveiro se constituye como una instancia de lectura, de construcción de un aparato de lectura de los testimonios de los sobrevivientes conformando una inflexión que los inserte en una totalidad, que integre las parcialidades del testimonio. Estableciendo un uso de los saberes individuales que implica el testimonio.

La forma de contar en este caso suele parecerse a la tarea de juntar fragmentos, ruinas que pueden, en su superposición y organización producir algún sentido. Tal vez los sobrevivientes estamos destinados a dar testimonio para mantener viva la dignidad de la verdad -no, insisto, la verdad de los hechos, sino la verdad de lo que le ha pasado y le sigue pasando a la humanidad, que se acerca peligrosamente a un punto de no retorno. (Strejilevich, 2006: 20)

El testimonio es una parcialidad a la cual Calveiro quiere reponer una totalidad por la naturaleza del objeto que trabaja, los campos de concentración en la Argentina; leyendo los testimonios y basándose en Foucault y el poder disciplinario, pero también en el poder de la biopolítica, trabaja el campo concentracionario como un dispositivo en el que nadie domina la totalidad de lo que fue.

Existe un proceso de burocratización que implica una cierta rutina, 'naturaliza' las atrocidades y, por lo mismo, dificulta el cuestionamiento de las órdenes. En la larga cadena de mandos cada subordinado es un ejecutor parcial, que carece de control sobre el proceso de conjunto. En consecuencia las acciones se fragmentan y las responsabilidades se diluyen. (Calveiro, 2004: 12)

Se produce la alienación de manera similar que en las formas de producción en serie propias del capitalismo. De la fábrica a la fabricación en serie de cadáveres desaparecidos. Un exterminio en serie del enemigo político. Los ejecutores se sienten parte de una maquinaria complicadísima que no controlan y puede destruirlos. "La sensación de impotencia frente al poder secreto, oculto, que se percibe como omnipotente" (Calveiro, 2004: 12), pero que el testimonio comenzó a hacer público y por tanto empieza a contrarrestar su poder; un poder que se había diseminado para disciplinar la sociedad. El dispositivo del campo se había internalizado en lo social, el testimonio habla de esa internalización que lo constituye, reformatiza al individuo, al sujeto y a su memoria como así también a la de la sociedad toda. El testimonio entonces es una forma de hacer aparecer a los desaparecidos en su individualidad y en sus utopías e ideales políticos, reformateados en ellos y en la sociedad.

Si el poder es a la vez individualizante (internalizado), y totalitario, a partir de una lectura de Gilles Deleuze se piensan las líneas de fuga, y el testimonio es quizás una de las líneas de fuga, donde se exhibe y hace público ese absoluto represivo que los ha reformateado como sujetos y los ha constituido; se exhibe lo que el poder represivo hizo de los sujetos y de su pasado político; se intenta la focalización crítica de ese pasado político arrasado por el terrorismo de Estado argentino. El testimonio de los sobrevivientes intenta suplir una falta, una oclusión, la desaparición de una persona sin que quede constancia de su muerte pero tampoco de su vida y de su pasado político. Sustraer también a los desaparecidos del número de la estadística, allí es donde se pierde la noción de que se está hablando de individuos de proyectos políticos, ideales, utopías, etc. "Cada testimonio es un universo completo, un hombre completo hablando de sí y de los otros"

(Calveiro, 2004: 30). Calveiro establece en sus textos una politización del uso del testimonio; en la medida que da legalización a la voz de la primera persona, las víctimas, los protagonistas con una historia política concreta. El testimonio se constituye en un *exemplum* y al mismo tiempo permite reponer un nombre, una voz, un pasado político que el poder represor ha intentado también hacer desaparecer.

Los textos de Calveiro se hacen preguntas y las respuestas se dan desde el testimonio, desde la confrontación de testimonios. Pero los testimonios a veces presentan lagunas, el carácter lacunar del testimonio: “Aquí los testimonios tienen lagunas. El secreto que rodeaba a los procedimientos de traslado hace que sea una de las partes del proceso que más se desconocen” (Calveiro, 2004: 38). Fraccionar, segmentizar. Fábrica de exterminio, apariencia de procedimiento burocrático. De ahí el intento de Calveiro de establecer una totalidad a partir de lo fragmentario de los testimonios. Reponer la totalidad es describir todas las instancias del campo de exterminio. Restituir lo que el poder ha querido fragmentario. La fragmentación que permitía funcionar los campos de concentración y desaparición de personas se iba adueñando también del prisionero, de ahí el intento de producir una totalización sobre los testimonios como contra lógica. “El campo no es exactamente una máquina de olvido sino una máquina que reformatea la memoria, la amolda a sus necesidades. Su objetivo es borrar, vaciar y regrabar” (Calveiro, 2004: 106). Contra ese reformato de la memoria es que este uso del testimonio repone incluso y sobre todo el pasado político de las víctimas. El testimonio es la prueba del fracaso del poder concentracionario. Una de las recurrencias del testimonio de los sobrevivientes es que, estando dentro del campo, una de las ideas más fuertes era salir con vida para testimoniar, alguien debía sobrevivir para testimoniar; testimonio pese a todo.

Pero el testimonio del sobreviviente es sospechado, desde la reaparición de una insistencia, ahora transformada, de la doxa en los tiempos de la dictadura militar: del “algo habrán hecho”, al “por algo habrán sobrevivido”. El testimonio del sobreviviente es sospechado porque ha tomado contacto con el otro, ha sido contaminado por él. Pero de eso se trata el testimonio, también, de dar testimonio del contacto constitutivo que se tuvo con el otro internalizado en un formateo de la subjetividad que se exhibe y se hace público en un relato pero que se contrarresta también con la reposición de lo que el poder también quiso hacer desaparecer, una biografía política militante.

Una trayectoria de politización del testimonio de los sobrevivientes también se va conformando, desarmando una oposición falsa: del desaparecido como víctima inocente a la víctima como militante político. Salir de la instancia de los desaparecidos o como víctimas inocentes y entonces despolitización (del testimonio) o demonización de la política militante. La política de los derechos humanos tuvo que recurrir en un principio a este subterfugio, el desaparecido como víctima inocente, para poder denunciar ante el mundo la desaparición de personas en la Argentina. Pero esto hizo que se borre todo un pasado político de los desaparecidos que Calveiro establece como necesario recuperar críticamente en el presente. No hay que olvidar, nos dice, que “Los campos de concentración-exterminio se crearon para desaparecer todo un espectro de la militancia política, sindical y social que impedía el asentamiento hegemónico del poder” (Calveiro, 2004: 134).

Entonces, Pilar Calveiro se opone a la maniobra que para recuperar la memoria sobre los desaparecidos hay que transformarlos en víctimas inocentes o en tipos normales. Esto los despolitiza, es otra forma de amnesia y amnistía, una forma de olvido, olvido de lo político. Reconstruir la historia de un militante desaparecido desde la normalidad de una vida plena injustamente truncada “desconoce precisamente lo que fue su intención: no ser un sujeto normal”, “sino un revolucionario, con una vida sacrificada, de renuncia, de plenitud personal para obtener un fin superior y colectivo. Esto es lo que a sus ojos resaltaría la injusticia de su asesinato” (Calveiro,

2005: 16-17); “sustraer el componente político fundamental que alentó la práctica de los militantes” (Calveiro, 2005: 17-18). La memoria individualizada y privada pierde el sentido político de la acción. Es lo que no hace el testimonio porque en esta coyuntura histórica conlleva una dimensionalidad política, en la medida de que ese Otro, por el que se atestigua para buscar su condena, en este caso es una instancia política de poder.

Otra forma de sustracción de lo político es recuperar a los desaparecidos como exaltación de vidas heroicas, porque sustraer la posibilidad de crítica sobre ese pasado y ese legado político. Eso tampoco lo hace el testimonio, no puede ser heroico en tanto sobreviviente y sospechado. Además Calveiro coloca la dimensionalidad heroica en la historia como construcción (de relato); estableciendo una férrea oposición entre Historia y testimonio: “El relato histórico recupera procesos totales y de acuerdo con la lectura que se hace de los mismos instituye héroes. Por el contrario, los testimonios constituyeron relatos fragmentarios, con protagonistas individuales que ni pretendían en constituirse en héroes ni relatar historias heroicas” (Calveiro, 2004: 161), “eran intentos para restablecer la memoria” (Calveiro, 2004: 162). La lógica de héroes o traidores no hace sino reponer, reproducir la lógica binaria deseada por el poder. “El campo es también un dispositivo de desaparecer de los héroes”.

Desde allí es que Calveiro no transitará el camino de la disciplina histórica, y colocará centralmente en su trabajo los testimonios; en todo caso establecerá contextos históricos pero a partir de una instancia genealógica de corte nietzscheano y foucaultiano. Calveiro constituye un discurso que da un carácter totalizador a los testimonios necesariamente fragmentarios porque la fragmentación fue parte del plan de desaparición de personas, no porque sea consustancial al testimonio. Es así que para construir esa totalidad Calveiro toma distancia del testimonio pero para homenajearlo, en toda su extensión, –y no solo en donde sirvió a los fines jurídicos en el juicio a la Junta Militar–, testimonios contra el olvido: de los desaparecidos, de las formas de resistencia, del crimen y del criminal, del legado político de los desaparecidos; para reponer una totalidad sobre lo fragmentario del testimonio; totalidad contra la que atentaba la lógica alienante del campo de concentración como fábrica de exterminio del opositor político.

Pero los testimonios de los sobrevivientes tienen para Calveiro un complemento que son los restos de los desaparecidos que empiezan a hacerse presentes como NN, vestigios materiales de la masacre colectiva. “Pero los entierros de NN son parte de la prueba, de los restos humanos que dan testimonio de que los desaparecidos no se esfumaron sino que fueron ultimados” (Calveiro, 2004: 164). Los restos de los NN como testimonios materiales que complementaban los testimonios discursivos, les daban sustento probatorio en su materialidad irreductible; son prueba del delito y donde hay delito hay delincuente. Para eso fue esencial el Equipo Argentino de Antropología Forense, “el objetivo que se proponen es muy claro y aparece enunciado con toda precisión: devolver un nombre y una historia a quienes fueron despojados de ambos” (Calveiro, 2004: 165). Una historia que también es política.

Pero ni los testimonios, ni la restitución de los huesos, ni la reposición de un nombre y de una historia cierran ni cauterizan la herida de su sustracción que permanecerá abierta donde pensaban cerrarla, sin perdón ni reconciliación posible. Los testimonios, los restos, colocan “la historia en su verdadero lugar: el exterminio masivo de una generación de militantes políticos y sindicales” (Calveiro, 2004: 165), y eso constituye también la restitución de un legado político. “Los desaparecidos eran, en su inmensa mayoría, militantes. Negar eso, negarles esa condición es otra de las formas de ejercicio de la amnesia, es una manera más de desaparecerlos, ahora en sentido político” (Calveiro, 2004: 165).

Calveiro establece un ejercicio de recuperación de la memoria basado en tres pilares: el juicio a los comandantes, la recuperación y la identificación de los restos de los desaparecidos, y los testimonios: “Permitió recuperar cuerpos, nombres, historias, militancias, culpables” (Calveiro, 2004: 166).

Para Calveiro “La memoria es un acto de recreación del pasado desde la realidad del presente y el proyecto futuro”, “y sin embargo, al mismo tiempo, es desde las particularidades de ese pasado, respetando sus coordenadas específicas, que podemos construir una memoria fiel”, “un doble movimiento: recuperar la historicidad de lo que se recuerda, reconociendo el sentido que en su momento tuvo para los protagonistas, a la vez que visitar el pasado como algo cargado de sentido para el presente” (Calveiro, 2005: 11). “La literatura testimonial que se empieza a difundir a partir de los noventa indaga esa historia de la militancia con la mirada de hoy, desde el hiato que se produce en la sociedad a partir del terrorismo estatal que culmina con la destrucción de varias generaciones de argentinos, inmersos en un trauma nacional que no ha sido superado” (Strejilevich, 2006: 66-67). Entender, entonces, el pasado para abrir el futuro.

Y en ese sentido el testimonio permite “tender un puente entre nuestra mirada actual y la de entonces; no hay una verdadera y otra falsa sino que se trata de construcciones diferentes que corresponden a momentos distintos del poder y de las resistencias” (Calveiro, 2005: 16).

Insistencia en Pilar Calveiro de recurrir a fórmulas como “desde mi punto de vista”; en esto se opone, también, al discurso de la historia y su pretensión de verdad única, frente al testimonio (y la memoria construida como testimonio) como “verdades parciales, sucesivas, que reconstruyen los hechos, que los interpretan desde distintos ángulos” (Calveiro, 2005: 18). Estableciendo un uso del testimonio que no lo desacredita:

El asunto es éste: no acallar a las voces discordantes con la propia, sino sumarlas para ir armando, en lugar de un puzzle (verdad única) en que cada pieza tiene un solo lugar, una especie de calidoscopio que reconoce distintas figuras posibles. (Calveiro, 2005: 19)

Y el uso de “mi punto de vista” y la reposición de la primera persona, en la construcción de una totalidad, la sustrae del terreno de la verdad única para colocarla en el de una totalidad confrontativa, parte de una acción política en el presente: “unir lo que fue con lo que es” (Calveiro, 2005: 19).

El testimonio al recordar hace revivir: “volvemos a vivir, desde nuestro cuerpo, la experiencia que está allí inscrita” (Calveiro, 2005: 20). “El testimonio revierte el accionar de la tortura recomponiendo el discurso, procesando la agresión contra cuerpo y palabra para transformarla en experiencia” (Strejilevich, 2006: 108). Desde la trama de su escritura surge algo que ya sabíamos pero que dicho así al pasar desestructura toda pretensión de distancia, dice fui tal número en el campo, su escritura es también otra estrategia de relato de un sobreviviente. Calveiro parece adecuarse a un género, el de la tesis doctoral en donde tiene que excluir la primera persona. Pero, sin embargo, Calveiro se las arregla para reinscribir su primera persona, un yo, en ese género, en los resquicios que este le permite e inscribir sesgadamente la materialidad de un cuerpo en la escritura, que a partir de allí vuelca una relectura de lo anterior como una escritura desde un cuerpo marcado por la experiencia del campo de exterminio.

La relación cuerpo, experiencia y escritura aleja a Calveiro del rango de un especialista de una disciplina científica y de una separación con respecto al objeto focalizado. Como proponía Foucault en franca oposición al concepto de intelectual sartreano, Calveiro es una intelectual local, localizada en su propio objeto, es parte del problema y la suya es una intervención e interferencia del objeto de análisis. Calveiro coloca un uso pero también una funcionalidad para el testimonio: los desaparecidos fueron militantes y actores políticos protagonistas políticos, al igual que los sobrevivientes, los testimoniados que tiene que retomar la palabra, una palabra crítica que dé cuenta de los sentidos y los sinsentidos de lo actuado. Retomar la palabra crítica no solo para denunciar la violencia en el pasado sino para denunciar las injusticias del presente o para apoyar un programa político en el presente.

Pero para algunos esa palabra crítica no es tal si no critica la violencia política del pasado, es decir no quieren crítica y/o autocrítica desde los testimonios de los sobrevivientes sino un *mea culpa*.

El testimonio y sus usos en Calveiro es una forma de luchar por una falta de política: “una política que no se espante de la violencia pero que la reconoce como una dimensión que puede y debe subordinarse a los consensos tanto tiempo como sea posible” (Calveiro, 2004: 24). Es decir contra la demonización de la violencia política. Instaurar un debate sobre la relación entre política y violencia. Allí donde se impuso recortar de lo pensable, expulsar esa relación entre violencia y política que queda así fuera de toda consideración.

El testimonio como acto de memoria reclama un debate, no se cierra pero tampoco se coloca en los términos de exclusiva racionalidad, porque sabe que el debate implica confrontación no exenta de violencia.

Beatriz Sarlo: limitar al testimonio. O “¿Por qué no te callas?”

Para Beatriz Sarlo el pasado es siempre conflictivo pero porque a él se refieren en competencia la Memoria y la Historia, y ambas instancias desconfían una de otra. Memoria y testimonio en oposición a Historia van desgranando el espacio de sus preferencias:

Las reglas del método de la disciplina histórica (incluidas sus luchas de poder académico) supervisan los modos de reconstrucción del pasado, o, por lo menos, consideran que ése es un ideal epistemológico que asegura una aceptable artesanía de sus productos. (Sarlo, 2005: 14)

Pese a reconocer que los métodos de la historia y sus diversas concepciones no son unívocos y por tanto también terreno de disputa ideológica, Sarlo intenta atenuar las relaciones que establece el saber (académico) con el poder y la ideología. La tercera persona, que para Sarlo es un compromiso con lo específico de la situación y no simplemente con lo que ella tiene de individual, es también el reaseguro del saber que escamotea el poder.

Una de las tesis principales del texto es que hay otras fuentes más confiables para hablar de la militancia de los 60-70, que servirían de marco a la comprensión de los testimonios, ya que la perspectiva memorialista tiene límites. Estos se presentan en cuanto aparecen las operaciones tácticas de los testimonios. Pero los testimonios no buscan la verdad sino ser una herramienta en la confrontación del presente al tiempo que operan la búsqueda del castigo al absoluto otro del poder desaparecedor. Y, por otro lado, el problema es también que los testimonios son renuentes a constituirse en fuentes, en documentos de la historia. Como propone Paul Ricoeur la existencia de los testimonios de los sobrevivientes pone en cuestión los estatutos de la misma historia (Ricoeur, 2000). Para Sarlo la Historia con sus estatutos es garante de un efecto de objetividad que daría una construcción de la verdad. Como si el discurso de la historia no fuera también parte de una contienda en el presente y sobre el futuro, creencia de un control de la disciplina histórica en un espacio separado de la subjetividad. Como enseñó Foucault, ese impersonal implica formas discursivas en que se agazapa el poder en tanto saber; “no hay narración histórica que no interprete. Incluso el relato histórico, que esconde su punto de vista tras la voz de una tercera persona que cuenta algo aparentemente objetivo, es una interpretación” (Strejilevich, 2006: 18). Sin embargo, dice Sarlo:

Pero como se convierte en una interpretación de la historia (y deja de ser solo un hecho de memoria) cuesta concederle que se mantenga ajena al principio crítico que se ejerce sobre la historia. Cuando una narración memorialista compite con la historia y sostiene su reclamo en los privilegios de una subjetividad garante”, “se coloca, por el ejercicio de una imaginaria autenticidad testimonial, en una especie de limbo interpretativo. (Sarlo, 2005: 94)

Pero toda memoria, todo hecho de memoria es una interpretación de la historia y le marca lo que la historia no ha tenido en cuenta, no ha incluido, pone en cuestión un relato, el de la

historia que ha ordenado una interpretación que en muchos casos sirve al poder, a un proyecto político, o a la ideología. Y, en este sentido, los testimonios no escamotean que sirven en una contienda a favor o en contra del absoluto que los ha constituido. Siempre la narración memorialista, sean memorias, autobiografías o testimonios, ha competido con la historia cristalizada en el presente, apunta a otra historia o a ser documento para otra historia futura, la de la intervención sobre los debates políticos del presente. Y aunque la historia también se sostiene en protocolos que pueden ser sospechados o discutidos, Sarlo expresa que

(...) la visualización de la experiencia se sostiene en un momento analítico, un esquema ideal previo a la narración. En ese segundo lugar, la experiencia es sometida a un control epistemológico que, por supuesto, no surge de ella sino de las reglas del arte que practican la historia y las ciencias sociales”, “buscan un conocimiento antes que un testimonio. (Sarlo, 2005: 96)

Y es así que el control epistemológico de las ciencias sociales y de la historia es algo que no se pone en cuestión, queda fuera del debate, como si el saber no fuera poder, una lucha por construir una verdad que sirve a fines políticos. Es decir, tanto el testimonio como la historia intervienen políticamente sobre el presente para construir un futuro, pero el testimonio justamente al mostrar lo que en sí mismo está internalizado, el poder, señala lo que la historia ha querido enmascarar, su propia intervención política a partir de construirse un efecto de objetividad.

En Sarlo siempre un sustrato fuerte sostiene su discurso, puede ser la Historia (como parece ser este caso) o la ética, o la democracia; sustrato que distrae de la crítica para que pueda implicar, como en este caso, la posibilidad de un principio fuerte explicativo del pasado con capacidad incluyente.

Sarlo contextualiza el auge del testimonio dentro de una historia de la especificidad, es decir contextualiza en lo específico dando cuenta de los vaivenes de lo académico o campo intelectual al respecto, ubicándolo como correlato o coletazo de una instancia epistemológica: el giro subjetivo, dando lugar a un momento en que el testimonio ha devuelto la confianza en la primera persona que narra su vida para reparar una identidad lastimada o para conservar el recuerdo. Y ante ese estado de la cuestión es que Sarlo establece de entrada para que no haya dudas los objetivos de su escrito:

Este libro se ocupa del pasado y la memoria de las últimas décadas. Reacciona no frente a los usos jurídicos y morales del testimonio, sino frente a sus otros usos públicos. Analiza la transformación del testimonio en un icono de la Verdad o en el recurso más importante para la reconstrucción del pasado; discute la primera persona como forma privilegiada frente a discursos de los que la primera persona está ausente o desplazada. La confianza en la inmediatez de la voz y del cuerpo favorece el testimonio. (Sarlo, Beatriz. 2005: 23)

El testimonio hizo posible la condena del terrorismo de Estado. Como instrumento jurídico el testimonio tiene valor y no es cuestionado el uso de la primera persona en la medida en que se destruyeron otras pruebas y esos actos de memoria de los testificantes hicieron posible la condena y, en la medida en que están tamizados por una instancia judicial (en forma similar si sirvieran de fuente o documentos para la historia).

El problema se presenta cuando el testimonio de los sobrevivientes empieza a tener un gran impacto fuera de la escena judicial, allí donde opera “cultural e ideológicamente”. Es como si se dijera ya cumplieron su parte ahora las víctimas llámense a silencio, no pretendan desde su papel de víctimas y sobrevivientes poner en cuestión el presente u operar políticamente en él. Pero podemos preguntarnos ¿el juicio no opera también “cultural e ideológicamente” en lo social? O, ¿el testimonio no operó “cultural e ideológicamente” en el juicio también? Otra vez una instancia, lo

jurídico, fuera de lo “cultural ideológico” y por tanto no problematizado ni puesto en cuestión.

El problema se intensifica cuando el testimonio de los sobrevivientes pretende intervenir en el debate sobre una crítica de la lucha armada; en ese punto el testimonio produce el efecto de un “chantaje moral”.⁴ Es así que los testimonios de los sobrevivientes cuando pretenden hablar de su pasado político atentan contra el espacio de “libertad intelectual”, espacio desde el cual radica Sarlo su pertenencia, espacio que queda fuera de discusión, como si no fuera también parte de la construcción ideológica. Construcción ideológica que se remarca en el texto sobre una fuerte oposición binaria entre memoria y pensamiento, entre recordar y entender, entre experiencia y juicio.

En donde la legitimidad moral y psicológica del testimonio no es suficiente para fundar una legitimidad intelectual indiscutible se recorta otra oposición binaria entre legitimidad moral y psicológica frente a legitimidad intelectual, siendo esta última categoría, otra vez, no pasada por el tamiz crítico y colocada en un estadio superior e intocado; en la medida también que el debate implica una esfera, un espacio cerrado, una concepción de puesta en discusión acotado al ámbito de una racionalidad y para un sector de intelectuales, campo intelectual, etc. La vuelta a un concepto de intelectual sartreano, tradicional en términos de Gramsci, que escamotea su ubicación como un intelectual orgánico a la defensa de una determinada posición política, llámese socialdemocracia, progresista liberal, o lo que sea.

Y en ese sentido el chantaje moral es ese murmullo del testimonio de los sobrevivientes, que no deja pensar, porque no cejan de hablar, de comunicar, incluyendo el cuerpo de su pasado político, e intentan volcar esa experiencia en el presente, ya sea para criticar las falencias de la democracia o para apoyar un programa político oficialista: “las memorias se colocan deliberadamente en el escenario de los conflictos actuales y pretenden jugar en él” (Sarlo, 2005: 83). Se recurrió a las memorias, testimonios, cuando se las usó para juzgar a las juntas militares, pero se las quiere circunscribir cuando pretenden intervenir políticamente en el presente. El sobreviviente es así doblemente sospechado, por sobrevivir y ahora por continuar siendo un hombre político, por intervenir en lo público.

Y esa intervención se da a partir de una subjetividad, la del testimonio que no es ya unívoca, esta constituida con o a partir de la relación con ese Otro con mayúsculas, el poder descarnado de la represión, el saber del testimonio se da a partir de haber mirado el horror, el sufrimiento, internalizado. El problema se presenta cuando ese testimoniante a su vez y desde allí intenta transmitir su legado que no es solo suyo sino también de aquellos que no pueden testimoniar, y es entonces que el registro del testimonio atenta contra una posición de racionalidad, debate pensante, etc., donde está desterrada o atenuada cualquier actitud apasionada.

Es así que la pregunta central para Sarlo es: “qué sacrificio de la cara intelectual e ideológica del movimiento político-social se impone en la narración en primera persona de una subjetividad de la época” (Sarlo, 2005: 91). Podríamos hacer la pregunta inversa.

Es interesante focalizar lo que Sarlo dice del trabajo de Pilar Calveiro (y también de Emilio de Ípola): “Como si pudieran poner provisoriamente en suspenso el hecho de haber sido víctimas en términos directos y personales de la represión, ambos escriben con un saber disciplinario, tratando de atenerse a las condiciones metodológicas de ese saber” (Sarlo, 2005: 97). Pero se vio claro que Calveiro no pone en suspenso su condición de víctima, se inscribe como tal en el texto, y como ya dijimos usa los testimonios con un aparato de lectura que, basado en Foucault, pone en cuestión el aparato epistemológico de la historia y de las ciencias sociales; es un intelectual que no está separado, a distancia de un objeto del cual trata de dar cuenta, sino que es parte de ese objeto, se sabe parte del problema, un intelectual local y localizado en el texto mismo, y

4 Para Calveiro, por el contrario, el chantaje está en usar el testimonio como espectáculo, en donde la memoria se pretende extender en los medios masivos de comunicación en tanto espectáculo, en donde los testimonios terminan por reducirse a la lógica del medio de consumo y de desecho: “la realidad de los campos de concentración”, “como cualquier otra mercancía que se lanza al mercado” (Calveiro, 2004: 163).

además constituye su texto como una intervención política sobre el presente, desde allí desde su legado político, es que lo contextualiza históricamente, lo crítica y lo lanza sobre el presente. En este sentido Sarlo prefiere reducir o colocar en un enclave abstracto, signo del propio liberalismo –el humanismo como instancia superior del liberalismo en Sarlo–, a Calveiro, al decir que habla como “ciudadana, no como ex militante detenida y torturada. Su derecho viene de un universal y no de una circunstancia terrible” (Sarlo, 2005: 116). Para así entonces poder discutirla, tiene que ser reformateada a una instancia a imagen y semejanza de un entre nos. Hay que borrar su pasado político, como dijo Calveiro, otra vez hacerla desaparecer.

Pese a todo hay un lugar en su escritura donde Sarlo se explaya en un uso de la primera persona, en donde su escritura adquiere el tinte de una especie de testimonio. Sarlo aparece así como testimoniante, es decir, testimonia sobre una concepción de literatura, que ella coloca en el lugar de toda literatura: “Si tuviera que hablar por mí, diría que encontré en la literatura (tan hostil a que se establezcan sobre ella límites de verdad) las imágenes más precisas del horror del pasado reciente y de su textura de ideas y experiencia” (Sarlo, 2005: 163).

Por ejemplo en *Dos veces junio* de Martín Kohan que organizó en ese relato “una figuración del horror artísticamente controlada” con “un rigor extremo hace posible que la novela comience con una pregunta ilegible: ‘¿A partir de qué edad se puede empesar [sic] a torturar a un niño?’” (Sarlo, 2005: 164). Sin embargo, es curioso que cite esa pregunta, ya que ha sido contestada por otra cita en su propio texto, unas páginas atrás; una respuesta que Sarlo no puede leer como literatura en la medida que era una réplica en el registro del testimonio. Ofelia hija de desaparecidos, escritora, habla del vacío de recuerdos de sus padres desaparecidos y es citada por Sarlo:

Es difícil darle forma a algo que una no conoce, que una no sabe, que una no tiene una tumba para decir aquí están. No se le puede poner nombre a algo que no se conoce, yo tenía dos años cuando desaparecieron, no me acuerdo nada de ellos, me acuerdo de mí mirando por la ventana, esperando que vuelvan. (Sarlo, 2005: 153)

El impacto emocional de esa imagen, que indica que haber secuestrado a los padres, hacerlos desaparecer ya es una tortura, como la pérdida de la propia identidad lo es también en otros casos, quizás es lo que molesta a Sarlo, no deja distancia para la “reflexión”. Obviamente si es literatura se trata de otra concepción literaria. Beatriz Sarlo busca un tipo de literatura que juegue la cuestión a una pregunta inteligente que recoleque el horror en los términos de poder ser tratado por el ámbito de la razón. “La literatura, (nos aclara después Sarlo) por supuesto, no disuelve todos los problemas planteados, ni puede explicarlos, pero en ella un narrador siempre piensa desde afuera de la experiencia, como si los humanos pudieran apoderarse de la pesadilla y no solo padecerla” (Sarlo, 2005: 166). Desde una oposición nuevamente maniquea entre cuerpo e intelecto solo podrá ver la literatura como un acto de inteligencia –y no es que no lo sea pero no se reduce tan solo a eso– sustrayendo al testimonio del ámbito de la literatura. La literatura como un ejercicio de pensamiento e inteligencia es su opción: elegir textos literarios que permitan pensar, no textos literarios que permitan vivenciar la eternidad política de un instante.

La literatura suele habitar moradas que no se señalan como literatura y se ausentan de otras que así lo rotulan.

Desde la condición de sobreviviente de la experiencia del horror que la sociedad argentina silenció durante décadas se terminó de constituir en testimonio esa experiencia, en la medida en que se hace pública. Como en todo testimonio su autoridad se basa en la experiencia del testigo. Si, además, el testimonio implica traducir lo visto, lo vivido en palabras para constituirlo en experiencia y hacerlo público, en la medida en que se hace escritura, se toca, se pone en relación, con el campo literario. De allí también que el testimonio se construya sobre una matriz narrativa. El testimonio deja un resto sin explicación, un resto a la intemperie, bajo las inclemencias del

tiempo interpretativo y confrontativo, y en esto, quizás, también, participa de la dimensión de la literatura y la escritura. Este resto, presencia fantasmática, intraducible e ilegible del testimonio, es el que sigue produciendo en el presente de la lectura, como efecto lacunar del testimonio, que no cierra, que permanece abierto a seguir produciendo en el presente, interpelándolo, y desde allí interpretarlo a su vez. Esa es la fuerza del testimonio que, quizás, también, sea la fuerza de la escritura, de la literatura.

Bibliografía

- Barona, Amelia y Blanco, Oscar. 1999. "Sujeto-Verdad y experiencia de lo absoluto: el testimonio", en *Acerca de la Hermenéutica*, Ficha de cátedra de Teoría Literaria II, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras (UBA).
- Calveiro, Pilar. 2004. *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires, Colihue.
- , 2005. *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- Foucault, Michel. 1986. *La verdad y las formas jurídicas*. México, Gedisa.
- Kafka, Franz. 1982. *El proceso*. Buenos Aires, Losada.
- Ricoeur, Paul. 1994. *Fe y Filosofía*. Cap. IV, "La hermenéutica del testimonio". Buenos Aires, Almagesto.
- , 2000. *La Memoria, La Historia, El Olvido*. Buenos Aires, FCE.
- Sarlo, Beatriz. 2005. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Strejilevich, Nora. 2006. *El arte de no olvidar. La literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y los 90*. Buenos Aires, Catálogos.
- Vattimo, Gianni. 1985. *Las aventuras de la diferencia*, Cap. II, "El ocaso del sujeto y el problema del testimonio". Barcelona, Península.
- Vezzetti, Hugo. 2002. *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires. Siglo XXI.

CV

OSCAR BLANCO ES LICENCIADO Y PROFESOR EN LETRAS, FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS (UBA). ES DOCENTE EN TEORÍA LITERARIA II Y TEORÍA LITERARIA III DE LA CARRERA DE LETRAS DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS (UBA). HA ESCRITO DOS LIBROS EN COLABORACIÓN *CULTURA POPULAR Y CULTURA DE MASAS. CONCEPTOS, RECORRIDOS Y POLÉMICAS* (2000), Y *LAS POLÍTICAS DE LOS CAMINOS. VIAJES, ITINERARIOS Y MIGRACIONES* (2009). PARTICIPÓ Y PARTICIPA COMO INVESTIGADOR EN DIVERSOS PROYECTOS Y HA COLABORADO EN LIBROS COMO *POLÍTICAS DE LA CRÍTICA: HISTORIA DE LA CRÍTICA LITERARIA ARGENTINA* (1999), *HISTORIA DEL ENSAYO ARGENTINO. INTERVENCIONES, COALICIONES, INTERFERENCIAS* (2003), *HISTORIA CRÍTICA DE LA LITERATURA ARGENTINA. TOMO 5. LA CRISIS DE LAS FORMA. (2006) Y DE MEMORIA. TRAMAS LITERARIAS Y POLÍTICAS: EL PASADO EN CUESTIÓN* (2008); Y ES AUTOR DE ARTÍCULOS PUBLICADOS EN LAS REVISTAS *ESPACIOS, REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA, TRAMAS, INTER LITTERAS Y EL MATADERO*, ENTRE OTRAS.